

INSCRIPCIONES EN LAS PAREDES DE LA CELDA

El látigo cimbró sus hombros. . . Gritó. El silencio de la noche fue desgarrado por esa voz herida. . . ¡Habla! ¡Sabes algo! Juro que no sé nada.

Durante todo el largo interrogatorio, la cuerda áspera le apretaba los hombros y los tobillos. A un costado, había un vaso de agua y una caja de cigarrillos, tenía una sed que lo torturaba; el guardia se acercó y tomó un trago. Volvió a poner el vaso a su alcance. Si extendiera la mano. . . Trató de liberar su brazo, los lazos se aflojaron. . . En el momento en que asía el vaso con sus dedos temblorosos, unas varillas de bambú golpearon con violencia sus muñecas ya amoratadas.

Del fondo del pasillo se acercaba un hombre vacilando, brutalmente empujado por manos salvajes. Se tambaleó un momento, y se desplomó. Se oyó el ruido del cerrojo. La puerta estaba cerrada otra vez. El hombre raspaba el cemento lleno de sangre seca con las uñas. Luego empezó a golpear las paredes con los puños, y muy pronto arroyos de sangre escurrieron a lo largo de sus brazos hasta aplastarse en gotas gruesas sobre el cemento gris. "La primera vez". . .

Se calmó repentinamente, se sentó y miró a su alrededor, embrutecido. "No te canses" son paredes sólidas."

Sus miradas se cruzaron, y se prendieron un instante. El primer hombre le hizo señas de callar e, indicando la cuerda que colgaba de la lámpara, escribió algunas palabras en el suelo:

"El micrófono escondido en la lámpara es muy sensible".

Silencio. . . sus ojos voltearon hacia las inscripciones en la parte inferior de las paredes de la celda.

"La primera vez fue en julio de 1936. Me torturaron. El primer día, les di el nombre de mi madre, el segundo el de mi padre. El tercero y el cuarto, yo no sabía si seguía viviendo, o si estaba muerto."

"Me padre se divorció de su segunda esposa porque ésta se había puesto a temblar delante de un soldado inglés. Más tarde, se volvió a casar con ella cuando le llevó municiones al monte".

"Fui liberado el día en que ejecutaron a Cheikh Farhan (y en letras pequeñas): cambiaron de idea después de que me lo dijeron."

Reflexionó por un momento. . . "¿Por qué lo trajeron aquí ahora? ¿Descubrieron lo que hay entre nosotros, o es simple coincidencia? Si supieran, no nos habrían puesto juntos en la misma celda. A menos que sea una trampa. Con el micrófono, pueden oír todo lo que decimos."

"El día en que nos conocimos; me preguntó: '¿Cómo te llamas?' y yo le contesté: 'Abdul Rahman.' Juntos dejamos el pueblo para ir al monte."

Unas botas pesadas martillaron el silencio. Luego el ruido se alejó. Súbitamente se oyeron unos gritos ahogados entremezclados con sollozos, como los que emitiría un hombre enfermo. El primer hombre sacudió la cabeza y una expresión de desprecio pasó por su cara. Trazó unas palabras en el aire: "No tengas miedo. No es nada. Un policía árabe me dijo que pasan grabaciones de gritos ahogados y súplicas." El otro hombre abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar y suspiró como si le hubieran quitado un peso enorme de encima. "¿Qué noticias hay del exterior?" escribió el primer hombre. "La revolución sigue adelante."

Unas botas pesadas pasaron muy cerca haciendo temblar el suelo de la celda. "Los revolucionarios ocuparon Jerusalén durante tres días, luego se fueron. . . Mi madre tuvo un hijo y lo llamamos Abdul Rahman. . . Los viñedos cerca de Hebron sufrieron por la falta de mano de obra. . . Las mujeres trabajan y envían dulces y armas a los hombres en el monte. . . La situación es buena."

La noche apagó las últimas luces del crepúsculo y la penumbra lentamente invadió la prisión. Un pesado silencio se instaló dejando descansar los alientos temblorosos. El último destello anaranjado rayaba todavía el horizonte en el punto exacto de encuentro entre el cielo y la tierra.

Un martillo rompió el silencio espeso. Su ritmo monótono llenaba el aire de tensión. Los clavos se hundían con regularidad en la madera dura. Mañana. . . El viento columpiaría los cuerpos tibios (todavía), luego la madera dura los tragaría.

Abdul Rahman se frotó las manos automáticamente. El otro hombre se voltó hacia él con el esbozo de una sonrisa que se transformó repentinamente en una carcajada que fue a rebotar contra las paredes de la celda. Dejó de reír tan súbitamente como había empezado y se puso a trazar signos febriles con los dedos.

"Hablemos como si no nos conociéramos."

Abdul Rahman asintió:

"Me juzgaron solamente ayer. Y ahora, el martillo que oyes me está preparando un lecho para que descanse después de haber estado de pie tanto tiempo. Me capturaron cerca del pueblo de Dair Ayyoub. Lo debes conocer. Me encontraron con un fusil y un cargador."

"Pero yo creía que aislaban a un condenado a muerte en una celda."

"Tal vez quieran darme falsas esperanzas."

"¿De qué pueblo eres?"

Sonrió. Todos los años que habían pasado juntos le volvieron a la memoria.



... Teníamos que caminar kilómetros para ir a la escuela en el pueblo vecino. A menudo nos peléabamos por un lápiz y un higo. Siempre me quitabas mis cuadernos, y cuando me quejaba con el profesor mi valor se enardecía. Entonces hubiera querido agarrar yo también el bastón que castigaba la planta de tus pies; pero, en el camino de regreso, siempre estábamos juntos. Te mordías los labios por el dolor, y yo lloraba. Juraba que nunca más volvería a quejarme con el profesor. . . Para ventgarte, te sentabas a la mitad del camino y fingías que no podías caminar más. Entonces tenía que llevarte en hombros hasta la casa. Nunca supe si mentías. . . hasta estos días: me pegaron en la planta de los pies por todo un día. Y a pesar de eso pude caminar normalmente.”

La voz de su compañero lo sacó del ensueño.

“No me contestaste, ¿De que pueblo vienes?”

“¿Qué importa? Mañana, a través de los barrotes, verás mi cuerpo que el viento bambolea, y llorarás por haberme conocido. Pero si no me conoces, la pena se te hará más llevadera.”

El hombre comprendió que le habían tendido una trampa. Miró a su compañero con gratitud y escribió en el aire:

“¿Hablaste?”

“Estaban seguros que estábamos en contacto y querían una prueba. Mañana, me ahorcarán, y tú te salvarás.”

Pasaban los minutos. La suerte de su compañero después de su muerte lo preocupaba, y la sed intensa lo atenzaba.

Seguían oyendo el sonido del martillo. Cuando éste paró, les llegó una voz que parecía salir de la profundidad de un pozo:

“Durante tres días y tres noches,
No dormimos en las alturas,
Estábamos en la cima de las montañas,
Listos para la guerra.”

La voz repetía incansablemente la canción. La prisión se volvió ruidosa, agitada. Los prisioneros no dormían. Una trompeta sonó a lo lejos. Se empezaron a oír los silbatos de los policías por todas partes. La canción fue amplificándose y pronto cubrió todo el barullo de la prisión. Los ojos rojos de los reflectores se pusieron a registrar los rincones del patio, pasando sobre las ventanas de cada celda. La canción seguía y las tropas se prepararon a reprimir ese principio de motín. Unas balas pasaron por encima de los edificios. Hordas de soldados cruzaron el patio y se precipitaron en los corredores, pateando las puertas de las celdas, ladrando órdenes, golpeando a los rebeldes con las culatas. Las pesadas botas martillaban el cemento, y los dos hombres seguían difícilmente las palabras de la canción. Algunas voces se apagaban, cuando los hombres te-

nían demasiada sed. . . otras retomaban el refrán, incansablemente. . .

En medio del estruendo, el segundo hombre se volteó hacia su compañero y lo miró tristemente. Arranques de rabia impotente lo invadían, y no podía hablar. Tartamudeaba, farfullaba, y la sed se mezclaba a toda esa impotencia. Golpéo la pared con violencia y luego, apoyando la palma de la mano en la boca, mordió con mucha fuerza. Cuando quitó la mano, había pequeños trozos de carne en sus dientes.

“Estás loco”, le dijo el otro hombre con un silbido. No habiendo recibido respuesta, se lanzó contra él y le golpeó la cabeza con los puños. En el momento en que se desplomó, el hombre tuvo una mirada de pánico y reproche. Lo llevó a su cama y cambió su ropa con la de él. Se sentó en un rincón y miró a su compañero inconsciente. Unas gotas de sangre bordaban su cara. Con una esquina de la cobija las secó delicadamente.

Se había hecho un silencio de muerte. El martillo había retomado su ritmo monótono. Cuando paró, supo que el trabajo macabro estaba terminado. “Tal vez sea equivocado, pero es la única forma. Mañana, compañero, cuando dejes la prisión y camines hacia la cima de las montañas, te llamarán Abdul Rahman. Mi madre estará tan feliz de verte para pedirte noticias mías. Le dirás que estoy aquí. . . continuando la lucha.”

El viento trajo el ruido de pasos precipitados. Al mismo tiempo, un débil rayo de luz se filtró por los rincones del patio. Crujió una puerta vecina y gritaron un nombre que le era familiar. Su cuerpo adelgazado se estremeció. Se desplomó y le brotaron lágrimas de los ojos. Gritó con toda su fuerza. “Déjenlo tranquilo! ¡Basura! ¡Es mi padre!”

El tumulto cubrió su voz temblorosa. El dolor lo sumergió y empezó a mirar el techo de la celda. Oyó el ruido de la silla que quitaban con una patada. . . la silla en que estaba sentado su padre. Escondió la cara entre sus manos.

Luego empezó a gritar. Un soldado, de pie no lejos de él en el patio, le dijo: “No te preocupes. En unos minutos será tu turno.”

Gritaron un segundo nombre. . . luego un tercero. . . Oyó una risa burlona y malévolamente cuando abrieron la puerta de su celda. Al verlos, sus ojos brillaron como los de un gato herido. Un soldado lo tomó del brazo.

“¿Eres Abdul Ghani al Ayyoubbi?”

Y sin esperar respuesta, lo arrastró hacia el exterior. Los años de su infancia desfilaron ante sus ojos con los colores de la alegría. Se dirigió con firmeza hacia la horca. Cuando le pasaron la cuerda al cuello, unas caras de cera detrás de los barrotes volvieron a entonar la canción.